

siones de las casas, el pequeño número de aberturas exteriores, la elevación de la temperatura y la falta de vida comercial. Las puertas y ventanas cerradas ó entreabiertas durante el día por el calor, no se abren sino de noche. Todos se levantan al alba y se acuestan temprano, y muchos duermen en los patios ó azoteas.

Los pasajeros, cuando van por la calle divagan como almas en pena. Rara vez se oyen los pasos de un caballo. Solo de vez en cuando pasa un personaje de extraño tipo: es un *cargador*, mozo de cordel, indio, casi desnudo, encorvado bajo una carga que sostiene por el cordel á su frente, pero trotando con su palo en una mano y su sombrero en la otra; una frutera vendiendo fruta; una lavandera llevando en el extremo de un palo el bulto de ropa que acaba de lavar; un soldado en busca de los favores de Cupido ó de Baco, ó bien un aguador aguijando á su borrico.

En toda la América española el aguador es un tipo marcado; el de Gaymas es particularmente curioso. Lo mismo que el cargador y los demás artesanos de Gaymas es siempre un indio y casi siempre un yaqui. Viste ligeramente: una camisa arremangada y abierta, unos pantalones casi siempre levantados hasta la rodilla, generalmente descalzos y cuando no con sandalias. Un pañuelo de color envuelve en abandono una abundante cabellera, lo que contribuye á dar á la cabeza, ya grande de por sí, un volumen desproporcionado. Un sombrero de paja comun muy estrecho de forma, completa la parte indumentaria.

Su asno es pequeño, pelado, miserable, con la cabeza baja y las orejas gachas. ¿Quién sabe con qué se alimentará el pobre animal en este rincón del mundo?

El agua que lleva se contiene en dos grandes odres ó sacos cuadrados y largos suspendidos á los lados. Nada mas primitivo ni menos embarazoso. Estas pieles no curtidas, conservan á trechos las señales del pelo que las cubriera, y parecen asi un apéndice del pobre borrico. Siempre húmedas tienen un color verde azulado al que da un extraño lustre el rezumo del agua. Una abertura practicada en el ángulo inferior mas próximo á la cabeza del burro, deja escapar por medio de un grosero resorte de palo, un hilo constante de agua, y sirve para llenar y vaciar la incómoda máquina. De ella sale un líquido tibio y turbio que se recibe en jarras de barro donde se refresca mas que clarifica. Agotados los odres, toma el aguador un cigarro que lleva detrás de la oreja ó en el sombrero, lo enciende y despues monta al revés en su borrico, es decir, con la cara hácia la cola, que le sirve de látigo y de apoyo, y se deja llevar con negligencia á la noria.

En los alrededores de Gaymas no hay arroyos ni fuentes, á no ser el San José, rio separado de la ciu-

dad por una region impracticable. Unos pozos ó norias situados en los arrabales por la parte del camino de Hermosillo suministran el agua necesaria para el consumo. Muchos de estos pozos se secan durante el verano, y entonces se sirven de las cisternas, donde se conserva el agua en un estado muy próximo á la corrupcion.

Por la parte del puerto, al cual vuelven la espalda casi todas las casas vecinas, no es menor la quietud. Un pobre muelle de piedras sin argamasa sostenidas por groseras estacas, accesible solo á las chalupas, se desenvuelve modestamente ante la plaza del Muelle, cuya línea rota en ángulo de escuadra cierra al Este y al Sur. Al final del ángulo avanza en la rada una pequeña lengua de algunos metros y éste es el muelle. Al Norte de la plaza se halla la casa del señor Calvo, agente consular de Francia en aquella época.

Al Oeste se alza un montecillo coronado por un fuerte tan débil, que parece estar allí demandando indulgencia á los cañones enemigos.

Muy cerca del muelle un aislado pabellon sirve de aduana. Al pie del montecillo y á lo largo del muelle se estienden dos hileras de cabañas de bambú: es el mercado. En él se venden legumbres, fruta y flores que llevan los indios en largas piraguas de una sola pieza, licores, pescado y allí se guisa para el pueblo. Por la noche es un lugar de paseo y de cita.

Calles y plazas son irregulares: algunas están flanqueadas de aceras informes; pero ninguna está empedrada ni tiene luz de noche.

Tres de estas vias han tomado un desenvolvimiento mayor que las otras, lo que da á la ciudad la forma de una estrella. Una es la calle Mayor ó el camino de Hermosillo, en que está sito el cuartel y la cárcel; la segunda, que parte de la Plaza Mayor se aleja en direccion opuesta hasta el cementerio y se llama calle de la Aduana; la tercera, vertical á las otras dos, se dirige hácia una colina coronada por tres cruces, y que por consiguiente se denomina el Calvario.

En Gaymas hay un cura, pero no iglesia. Una pieza desmantelada de un edificio en ruinas servia para el culto.

La ciudad es pobre, bien que haya en ella algunas familias muy opulentas: su poblacion no debe pasar de 1,500 almas, contando los indios que son una tercera parte y no es gente estable y aun se reduce la cifra en el verano.

Los indios componen la clase de artesanos y se reclutan generalmente en la tribu de Yaqui. Su carpicho, mas bien que la necesidad, los lleva á Gaymas, donde ejercen los oficios de carpinteros, albañiles, herreros, aguadores, mozos de cordel, marineros, criados, jornaleros. Muéstranse muy industriosos; pero emigran anualmente á sus tribus, y por poco que se agrien las relaciones entre indios y criollos,

circunstancia harto frecuente, la emigracion viene á ser general y Gaymas carece de brazos.

El puerto es vasto y seguro, abrigado como está por todas las alturas que lo rodean: puede decirse que es el mejor de la costa occidental de Méjico. La rada propiamente dicha, es decir, el espacio que se estiende ante la ciudad hasta el interior de los elevados islotes de Almagro y de la Ardilla, podria contener desahogadamente doscientas embarcaciones de todos portes. El fondo de la bahía está limpio por todas partes y las olas duermen allí plácida y tranquilamente. Ante la estrecha abertura que da entrada por la parte del mar, se estiende como una obra avanzada la escarpada isla del *Pájaro*, gigantesca roca en que se estrella impotente todo el furor del Océano.

Fuera de Gaymas, su puerto principal, la Sonora, tiene por principales centros de poblacion: Ures la capital nominal, Hermosillo, Alamos y Arispe.

La primera y la última de estas poblaciones no tienen mas de 1,500 habitantes. Las incursiones de los apaches, frecuentes y regulares como la marea, han despoblado esta rica y vasta comarca. Algunas tribus indias, como los pimas, los papagos y los opatas saben hacerse respetar; los criollos, poco numerosos y muy diseminados, han sufrido mucho. La poblacion se ha concentrado alrededor de las ciudades y haciendas fortificadas, donde vive en perpétua alarma. Mas allá del 30 paralelo no se encuentran mas que ranchos en ruinas y ganados vueltos á la vida salvaje. En cada una de estas ruinas hay una historia dramática de asesinato, de violacion, de pillaje, de incendio.

Las minas no son aquí ya frecuentadas sino por intrépidos *gambusinos*, trabajadores independientes y aislados, y asi que se ha perdido el renombre de ellas; sin embargo, el subsuelo de la Sonora es rico en metales de todas clases y especialmente en plata.

Combate entre franceses y mejicanos.—Derrota y prision de los primeros.—Partida para San Blas.—El cerro de San Juan.—San Blas.—Esteros.—Paisaje.

El 13 de julio las calles de Gaymas fueron teatro de una sangrienta accion entre las tropas mejicanas y el batallon francés.

Ya se sabe cuál fue el éxito de este combate. Despues de haber perdido cien hombres de los trescientos cincuenta de que se componia el batallon, los franceses, envueltos por fuerzas en gran manera superiores, quedaron prisioneros en poder de don José María Yañez, gobernador del Estado de Sonora.

Encerrósenos en uno de los cuarteles ocupados anteriormente por nuestros compatriotas, vasto edificio cuadrado, sito en la calle de la Aduana, en el ángulo de una calleja que conduce á la playa. Unos se-

sentía hombres fueron solamente encerrados en el colabojo, y Mr. Rosset lo fue tambien, pero separadamente en un local dependiente.

Los primeros dias nos trataron con mucho rigor para hacernos creer que nuestra existencia estaba muy comprometida: lo menos que nos podia suceder era ser diezmados. Pero muy luego cedió la severidad y con ella desaparecieron las aprensiones sombrías.

El 26 nos anunciaron nuestra partida para San Blas. El 28 se embarcaron en efecto sesenta y siete hombres á bordo de la goleta mejicana *el Brillante*, y el dia siguiente á las seis de la tarde en el brik *Ines* ciento veinte mas, entre los cuales me hallaba yo.

Nada de particular ocurrió en esta travesía, que fue larga y enojosa: la bruma nos envolvía por todas partes, y sufrimos ramalazos bastante fuertes. Era la estacion de las lluvias, señalada siempre en estas costas por tempestades y ráfagas de viento impetuoso espresivamente denominados por este nombre técnico, *cordonzos*.

El último y mas terrible, viene generalmente en la época de San Francisco, el 4 de octubre, y lleva por tanto el nombre de cordonazo de San Francisco. ¡El calor que sufrimos, sobre todo por la noche!

El 11 de agosto se reconocen las islas desnudas y escarpadas de las Tres Marías y de Juanico. Este grupo se halla á unas 30 leguas á lo largo de la rada de San Blas. Una violenta tempestad nos impide entrar en el puerto y nos empuja á lo largo durante la noche. El dia siguiente mejora el tiempo y nos permite entrar.

Se reconoce el cerro de San Juan, pico de 1,900 metros de elevacion, que se divisa á 20 leguas. Al acercarnos al fondeadero, se encuentran dos rocas blancas á distancia de 12 millas una de otra: el primero lleva el nombre de Piedra blanca de afuera, el otro el de Piedra de tierra. Al Sur de este último vinimos á echar el ancla.

El aspecto de esta costa es risueño; es baja y presenta una larga cortina de verdor; una estrecha cinta blanca que traza la playa la separa del azul del mar. En frente de nosotros surge como de una nube de esmeralda un cerro festoneado tambien de verdura; está coronado de rotas murallas en que flota la bandera de la república: es la antigua comandancia española. El torrente vegetal parece correr de sus rotos arcos, como si tuviera allí su origen, y corre hácia el Sur, hasta la colina menos elevada que soporta otras ruinas, las del castillo del Borrego. A su pie se rompe la cinta blanca, apareciendo una brecha en la masa de verdura: es la entrada del estero de San Blas.

Al Norte de la *Comandancia* el bosque se aleja de la playa, y en el claro aparece un grupo de cabañas

irregularmente dispersas; están construidas con troncos de palmera en pie sosteniendo agudas cubiertas de palma.

Una altura de rocas formando promontorio cierra por esta parte el panorama. Su triste aspecto hace recordar las costas de la Sonora y de la baja Califor-



Costa y puerto de San Blas.

nia, y contrasta singularmente con el alegre aspecto de la playa. Algunas palmeras enanas y áloes se destacan como molduras heridas con el sacabocados.

Una lengua de piedras se prolonga hacia la estremidad meridional, tras de la que se encuentran la rada del Pozo y la entrada del estero del Arsenal. Unas



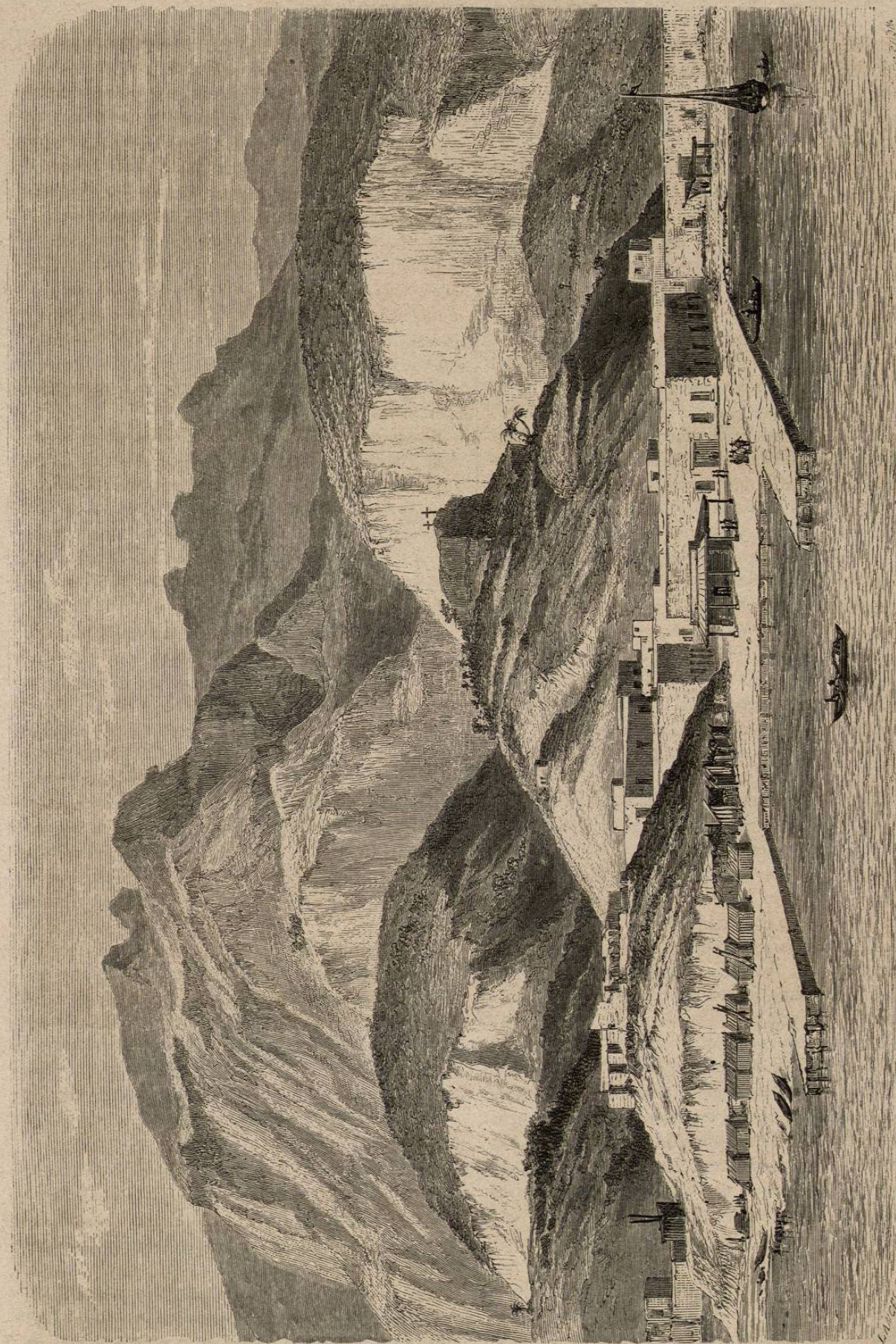
Costa de San Blas (parte Sur)

puntas negras finas como agujas, se alzan por encima de las rocas, anunciando la presencia de algunos barcos en este puerto interior.

El cerro de la Comandancia nos oculta la ciudad, que se eleva á 2 kilómetros de la mar sobre una meseta de algunos metros de elevacion. El pintoresco y risueño grupo de cabañas situado en la playa, es una mansion abrasadora, infestada de mosquitos, abandonada á los pescadores y á los marineros. Solo se ve allí una casa de obra, sita á mitad del camino de la

ciudad: es un cuerpo de guardia. Pero hay algunas ruinas dispersas desde la Comandancia hasta la rada del Pozo.

En la época de los españoles habia allí un hospital, almacenes, talleres, un arsenal junto al estero que ha conservado este nombre, sobre el cual existian igualmente astilleros de construccion marítima; porque San Blas tenia á la sazón una importancia que justificaba mal la poca seguridad de una ensenada abierta á todas las tempestades. Esta bahía, si así



Vista de Gaymas.

puede llamarse, solo es segura en la estacion seca, cuando los vientos soplan de la parte de tierra, y muy peligrosa en la estacion de las lluvias.

San Blas está situado en el delta arenoso que forma el brazo del rio Santiago, ó rio grande de *Totolotlan*, la corriente mas importante de Méjico, á lo menos por la longitud de su curso, esceptuando el rio del Norte y el Gila. En la época de la guerra de la independencia, un oficial español, gobernador de este puerto, hizo echar á pique un navío cargado de piedras en el enlace principal para poner obstáculos al enemigo. Este obstáculo no se quitó despues, y el estero del arsenal que no barre ya la corriente del rio, rellenándose poco á poco, ha llegado á ser inaccesible á los barcos de gran porte.

El 13 al amanecer grandes chalupas vienen á rodear á la *Ines*, y nos trasportan á todos con armas y bagajes á la ensenada del Pozo. El capitán del puerto, escoltado por algunos soldados, nos hace formar en la playa y nos ponemos en marcha para Tepic sin tiempo siquiera para comer. El capitán tenia, segun dijo, órdenes terminantes respecto de nosotros: temíase por nosotros al clima mortífero de la costa. El calor en efecto, es excesivo en San Blas: el termómetro varía de 35 á 40 grados centígrados á la sombra, y no desciende jamás á los 32 en los sitios mas frescos. Por la noche varía de 28 á 30 grados. Hacia las diez de la mañana una ligera brisa de mar trae algun alivio y ahuyenta para el resto del dia las nubes de mosquitos que hacen insoportables á veces las horas de la noche. Era tambien la época de las fiebres malignas, que engendra en la estacion húmeda la accion del sol en los pantanos próximos, donde fermenta un gran detritus vegetal.

Por estas consideraciones humanitarias, pienso que el capitán del puerto debiera habernos dejado siquiera almorzar; pero nos aseguró que encontraríamos víveres dispuestos por su orden á la entrada de las montañas, y que era muy urgente salir antes que el calor fuera mas fuerte. Un indio viejo tenia la comision de guiarnos.

Pasamos un puenteillo de madera echado sobre un riachuelo que desemboca en el estrecho del arsenal. El sendero rodea luego un montecillo escarpado de veinte y tantos metros de elevacion, serpeando al través de las rocas tapizadas de verdura, en cuyas quiebras, arraigan arbustos. La ciudad está situada sobre esta altura, que no la pone precisamente al abrigo de los miasmas deletéreos, pero donde el calor es menos sofocante que en la playa. Los únicos pozos que suministran agua potable á toda la poblacion del delta están situados por debajo de esta altura.

Nosotros atravesamos uno de sus arrabales, y la ciudad me pareció triste y despoblada. Lo es efecti-

vamente en está época en que no se encuentran mas que de siete á ochocientos habitantes.

Hacia el mes de enero la sequía y el descenso de la temperatura, atenúan un poco la *malaria*; una multitud de gente de negocios que se refugiaron en Tepic en junio vuelve á la ciudad y hace subir entonces la cifra de la poblacion á unas 2,000 almas.

A alguna distancia de la ciudad se atraviesa el estero de San Cristóbal, que aisla la colina de la tierra firme; sus bordes están cubiertos de frondosos árboles. Una barca de las mas primitivas pone en comunicacion las dos orillas. En frente del puerto en que se desembarca, se abre en el bosque una ancha aunque corta avenida. Mas allá se estienden hasta el pie de las montañas unos pantanos en que vegetan pobremente algunos árboles.

El camino por el cual se nos conduce, es una travesía, la de la gente de á caballo. Desde San Blas á Tepic, la distancia á vuelo de pájaro es de 7 á 8 leguas; pero la comarca es montañosa y el camino carretero no tiene menos de 22 leguas. Se nos hace tomar un término medio mas próximo al camino carretero que las sendas alpestres practicadas por los indios.

Una calzada, recuerdo de la dominacion española, atraviesa el pantano; se halla en muy mal estado, y de vez en cuando tenemos que salvar los remansos saltando de piedra en piedra.

Despues de una marcha harto penosa de algunos kilómetros, llegamos al pie de las montañas y á la sombra del bosque. El puerto y los árboles nos traerian fácilmente al espíritu las familiares escenas de la patria, á no ser por la exuberancia de la vegetacion, al través de la que corre el estrecho camino que seguimos y que juega entre las ondulaciones de la montaña como las serpientes que huyen á nuestra vista.

Al medio dia encontramos una conducta de plata bajo la guarda de algunos soldados. Los comerciantes de Méjico hacen sus remesas en metal, particularmente en plata. Unas doce mulas desfilaron por delante de nosotros cargadas de talegas de duros.

Los oficiales me dijeron que estábamos aun muy lejos de la ciudad, donde habíamos de almorzar, lo que nos hacia creer que se juntaria el almuerzo con la cena.

A medida que avanzamos el bosque se hace mas espeso y la montaña mas accidentada. Vamos subiendo siempre. La escena es salvaje, el pais desierto, los barrancos están secos á pesar de la estacion, y la sed nos hace olvidar el hambre.

Eran las seis de la tarde cuando á la vuelta de un hondo camino, vi desenvolverse de repente un magnífico espectáculo. Al pie de la escarpada altura se estendia una vasta llanura verdeante y circunscrita

por montañas cubiertas de bosque. Por aquí y por allá se veía un pueblecillo indio cuyas cabañas con techos de rastrojo, casi desaparecian entre las hojas de los plátanos, zapotes, guayabos, calabazas y demás plantas frutales de los trópicos. Por encima de nosotros estaba el pueblo de Tisonlla á donde muy luego llegamos.

Tisonlla.—Guaynamote.—Lodelamedo.—Llegada á Tepic.—Aspecto de la prision.—Nuestra condena.—Los salteadores.

Nosotros habíamos sabido que nuestros camaradas habian llegado en el *Brillante* dos dias antes, y que nos esperaban en el pueblo de Guaynamote, á corta distancia de allí. Se nos quiso conducir á este pueblo aquella misma noche; pero nosotros nos opusimos. Cuando acabamos de cenar estaba ya cerrada la noche y amenazaba el tiempo. De vez en cuando desgarraba un relámpago las nubes que manchaban el cielo resplandeciente de estrellas, un trueno lejano, una ráfaga de viento fuerte que agitaba el ramaje y hacia gemir las maderas de las cabañas, anunciaba uno de esos huracanes tan frecuentes en aquella época, y que muy luego se desencadenó.

El trueno lanzó á los ecos de la montaña monstruosa, notas á que respondieron los gemidos del bosque y el estrépito de los árboles rotos por la tempestad. Nubes de polvo envolvieron la ciudad: las tinieblas eran intensas, sobre todo por la parte de la montaña y solamente en este fondo lúgubre relucian por miriadas los *cocuyos* ó moscas luminosas. Sobrescitadas por la perturbacion de los elementos y por la electricidad de que la atmósfera estaba cargada, aquellas fantásticas luciérnagas se agitaban con frenesí, semejantes á las chispas de un lejano incendio que el viento hubiera acumulado allí jugando.

Despues y de repente las nubes se abrian: á la noche sin claridad sucedia la claridad sin sombras; bajo el torrente de azufrada luz que quema las pupilas del hombre, los cocuyos desaparecian y el paisaje entero se revelaba en todos sus detalles azotado por el huracan y semejante á una decoracion del otro mundo.

Luego venian los chaparrones tropicales, que traen á la memoria el recuerdo del diluvio.

Si hubiera sido posible dormir en medio de aquella revolucion de la naturaleza, nos habrian despertado cuidados mas mezquinos. Los mosquitos de largas patas, los terribles zancudos, las pulgas y otros insectos, ébrios con la electricidad, feroces hasta la rabia, tan numerosos como los átomos de polvo que nos cegaba, nos daban continuos ataques, furiosos, irresistibles. Asi pasó la primera noche.

El dia siguiente fuimos á Guaynamote que dis-

taba solo unas 2 leguas que anduvimos como de paseo. Habíamos ya andado 10 desde San Blas, pero leguas mejicanas, es decir, de 5 kilómetros y medio, detalle digno de apuntarse. Llegamos, pues, muy temprano, y tuvimos la libertad de recorrer la poblacion.

Guaynamote está pintorescamente situado en una pequeña colina rodeada de bosque, de valles y alturas. Sus cabañas son de bambú, formando verdaderas jaulas de techos planos. Una hamaca, ó mas bien un *petate* constituye con algunos pedazos de palo que sirven de asientos todo el mueblaje interior. En un rincón arneses y cobertores, en otros gruesas piedras supliendo las trevedes del hogar, donde se consumen sin humo ni llama algunas ramas secas; vidriado rojo, adornado con dibujos negros, de un estilo que recuerda los aztecas, ollas, jarros para el agua y el maiz y cántaros de dos bocas por lo regular.

La poblacion es india y de bella raza: ví allí algunas jóvenes de tan admirable garbo, que la estatuaria procuraria en vano idealizar.

A un extremo del pueblo se alza una vieja iglesia abandonada, construccion de piedra sin carácter ninguno. Allí nos encerraron durante la noche: yo quedé libre de mis acciones con Mr. Guillot, y esta libertad que conservamos desde entonces, nos imponia, con el cuidado de velar por el bienestar de nuestros hombres, el derecho de conceder en ocasiones salidas momentáneas, contrayendo grande responsabilidad.

El 15 al amanecer nos pusimos en marcha; yo alquilé un caballo; algunos prisioneros despeados hubieron tambien de montar en bagajes y aun se procuraron otros en el camino, porque el número de los rezagados era grande.

El oficial mejicano en marcha tiene siempre el derecho de exigir estos bagajes, y en caso de necesidad, hombres para el servicio; es árbitro de justipreciarlo y fija la retribucion á su conveniencia. Asi que el tránsito de la tropa es un azote para la gente del campo, que traslada al punto sus bestias á otro paraje, conservando solo aquellos que casi están fuera de servicio. Con todo eso, solo amenazando, sable en mano, pueden los oficiales, obtener estos derechos.

El propietario sigue entonces tristemente sus bestias un dia, dos á veces, hasta un relevo obtenido por igual procedimiento, sin que se le remunere justamente la pérdida de su tiempo.

A la salida de Guaynamote, el pais es montañoso y quebrado, pero pintoresco: el agua corre por todas partes entre las rocas.

Aquí entramos en el camino principal y la escena toma animacion: á cada instante aparece un ginete